

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres me-
ses 7'50 PESETAS.
Comunicados á precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

MARTES 13 DE NOVIEMBRE DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.

Administración: Saavedra Fajardo, 15

SIEMPRE EN EL ENGAÑO

Se cuenta que en tiempos de la guerra de la Independencia y estando en Madrid el rey José, llama a la atención un ciego vendedor de periódicos, porque, en cuantas ocasiones se presentaban, preguntaba el periódico con la derrota de los franceses, sin que jamás hiciera cosa parecida cuando se trataba de la derrota de los españoles. Y como alguien le afeara su proceder, diciéndole que debía también pregonar las palizas que nos pegaban los gabachos, respondió sin inmutarse: «Eso es cosa de los ciegos de París; no quiero usarles sus atribuciones ni quitarles el trabajo.»

Lo mismo que el ciego del cuento ó de la historia, pero influido por móviles menos elevados, proseden los regeneradores, en lo referente á la cuestión de jefatura local que subterfugiosamente se ha pretendido imponer al partido conservador.

La publicación de tres cartas amañadas en el despacho de un ministro de la corona, fueron lo bastante para que se acentuara dentro del verdadero partido conservador una corriente de impulso irresistible contra tal usurpación de poderes y reclamaron de su jefe indiscutible su inmediata presentación en Murcia.

Llega el día de ayer, y el partido conservador recibe á su jefe D. Diego Gonzalez Conde con una manifestación de entusiasmo como no ha presenciado otro igual el pueblo de Murcia, que pasará á la posteridad como prueba de que en esta ciudad siempre queda algo, y entonces los regeneradores, mutis: que lo cuenten los ciegos de París.

Cuando «Las Provincias de Levante» recibía los favores á manos llenas de la casa de Gonzalez Conde, entonces sendos galerines llenaban las columnas del colega para dar la simple noticia de su llegada á esta capital, ayer que el partido conservador dió gallarda prueba del afecto á su jefe, y el pueblo de Murcia demostró con la mayor delicadeza su protesta á las maquinaciones de la envidia y á los manejos del odio, solo doce líneas dedica el colega del sindicato para enviar un simple saludo de bienvenida á su antiguo amigo y jefe.

De orear á esos ciegos, el fenómeno social de ayer realizado por el partido conservador con el banaplácito y asentimiento del pueblo murciano, nada significaría, sino hubiera sido el fluido eléctrico que ha venido á derribar torres soberbias que desafiaban altos prestigios ganados con una acrisolada historia política de sacrificios y de honradez.

El silencio de esos ciegos, honra al señor Gonzalez Conde y al partido que le aclama como jefe, porque así se aleja de la política de los fracasados, y se aproxima más cada vez más á los leales que ven en él el brazo de sus venganzas, el vocero de sus protestas y la garantía de una política de paz y bienandanza de que tan necesitado está este país.

DE MADRID Á MURCIA

Manifestación

La que ayer se hizo al Sr. Romero Robledo al salir del Fronton fué verdaderamente grande y de ella se ocupa toda la prensa.

Vivas á Romero y otros gritos subversivos, entusiasmo y barullo, de todo hubo en la manifestación, hasta que ya por fin la policía para restablecer el orden quiso detener al batallador exministro.

El barullo creció de punto y el diputado antequerano hubo de meterse en un coche y marchar al círculo romerista.

En las esferas oficiales causó, como era de esperar, pésimo efecto el discurso de Romero Robledo.

tar un desprecio, que en el fondo no sienten.

A los pocos fieles que restan en Madrid al Sr. Paraiso, también se les ha indigestado el banquete que, como acto político, ha de tener muchas consecuencias.

Tardías declaraciones

Se consideran por la opinión como importantes y tardías las declaraciones de D. Carlos.

El movimiento carlista que comenzó en Badalona, continuando en Berga, Igualada y otros puntos de Cataluña, ha terminado por completo.

Algunos de los facciosos han huido á la frontera, temiendo ser castigados por los Tribunales y otros, la mayoría, regresan desfranzados á sus casas, con objeto de dedicarse al trabajo nuevamente.

Todos los que se levantaron en armas, reniegan ahora del carlismo, pues dicen que los preparativos de la intenciona los conocía D. Carlos y que con la autorización del pretendiente se lanzaron al campo.

El disgusto que reina entre los partidarios del Pretendiente es tan grande, que serán muchos los que abandonarán el partido, maldiciendo la hora en que se expusieron á un disgusto grave, por dejarse llevar de promesas que luego se ha llevado el viento.

En resumen, el movimiento carlista ha terminado y probablemente no volverán los carcas á correr peligros en tonto.

12 Noviembre 1900.



ROSSINI

Joaquin Rossini, el ilustre autor de «Guillermo Tell», «El barbero de Sevilla», «Otello» y otras óperas no menos aplaudidas, fué en los últimos años de su niñez, forjador, oficio que su padre, pobre músico ambulante que se ganaba el sustento acompañando con el cornetín las canciones que su esposa cantaba en las ferias de las aldeas, quiso que aprendiera para ayudar al sostenimiento de la familia.

Fuera por que el más tarde famoso maestro no le agradara el oficio de forjador, ó por que su madre quisiera que abrazara la misma profesión que su padre, el hecho fué que el joven Rossini abandonó el yunque y el martillo y recibió de la autora de sus días las primeras lecciones de música. El aprovechamiento con que recibió estas y las excelentes condiciones que para el divino arte revelaba, indujeron á sus padres á presentarlo al maestro Tesci, quien se encargó de darle la educación musical que merecía.

Las lecciones recibidas por Rossini en la Academia de música que en Bolonia poseía dicho profesor, colocaronle en seguida en estado de ayudar á sus padres con lo que ganaba cantando en las iglesias, por las que era muy solicitado por su hermosa voz de soprano. Dos ó tres años despues, el ilustre Mattei le enseñó el contrapunto, para el que desde luego mostró grandes aptitudes y en el que ningún otro profesor llegó á igualarle, motivo por el que, como no faltaban inspiración, delicadeza y sentimiento en sus composiciones, ha pasado á la posteridad como uno de los primeros compositores de su época y como uno de los más completos.

En 1809, cuando solamente contaba 17 años de edad—había nacido el 29 de 1792 en Pesaro (Italia)—dió al teatro su primer ópera, que por haber obtenido un éxito bastante lisonjero, Rossini decidió dedicarse á las composiciones lírico-dramáticas, bajo tan buenos auspicios ensayadas.

Prueba de que el gran compositor era hombre de condición recta, de férrea voluntad y muy fecundo, fué que tres años más tarde, en el breve espacio de ocho meses, escribió cinco óperas, todas ellas estrenadas con buenos resultados. Sus éxitos de entonces y su no poco gallarda figura, hicieron de él un mozo enamorado y muy disputado por las damas, tanto que su juventud no fué más que una larga serie de aventuras amorosas, entre las que no faltan los raptos, ni las mujeres que recorriendo á la ley del más fuerte se disputan el cariño del objeto de sus desvelos.

«El Taveredo», ópera estrenada en 1813, proporcionó á Rossini un triunfo señaladísimo y acrecentó su fama hasta hacerle popular en todas las clases sociales; tres años más tarde escribió «El barbero de Sevilla», cuyo estreno fué ruidosísimo por el pateo con que el público obsequió al autor, quien en la segunda representación de la ópera silvada se vió desagraviado, pues el auditorio no solo aplaudió esta con loco entusiasmo, sino que se dirigió en masa y con antorchas al domicilio de aquel para aclamarle.

Los triunfos que después alcanzó el Cisne de Pesaro; como llamaron á Rossini muchos de sus admiradores, fueron numerosos, se contaron por las óperas estrenadas, que no fueron pocas. El último se lo proporcionó su obra maestra, la inmortal «Guillermo Tell»; tan grande fué que su autor no quiso escribir más en el resto de su existencia. «Un nuevo éxito—dijo Rossini cuando adoptó esta resolución—nada aumentaría mi renombre: un fracaso pudiera perjudicarme: no tengo necesidad del uno, ni quiero exponerme al otro.»

Y retirado de la vida sorprendió al gran músico la muerte en París el 13 de Noviembre de 1868.

Nernando de Acevedo

LA POESÍA

Como el raudal que corre en la pradera copia en su espejo pájaros y flores, la alada mariposa de colores, el verde arbusto y la radiante esfera,

la sublime poesía reverbera combates, glorias, risas y dolores, odio y amor, tinieblas y esplendores, el cielo, el campo, el mar... ¡la vida entera!

¡Así Homero es la lid; Virgilio, el día; Esquilo, la tormenta bramadora; Anacreonte, el vino y la alegría;

Dante, la noche con su negro arcano; Calderón, el honor; Milton, la aurora; Shakespeare, el triste corazón humano!

Manuel Reina.

DOSCIENTAS SESENTA Y OCHO

No se alarmen Vdes. No pienso hablar de partidas carlistas, ni de aprehensiones, ni del R. No hay tales carneros, según afirma Fray Marcélico: solo quedan á disposición de las empresas... periódicas el Código de las siete malas partidas, la partida de D. Paco y las partidas serranas que los jocularosos caballeros de la censura juegan á los chicos de la prensa. Cuestión de juego, y el juego en España....

La tea de la discordia se ha apagado (como diría con su natural elegancia mi ex amigo Tolosa) y en España no hay otras luces que las de sus gobernantes. ¡Y casi todos son oscurantistas! ¿Casi?... Bueno, como ya está escrito....

Pues, si señores, ahora que se han tranquilizado Vdes. un poco, les diré que hay una partida de 268..... ¿hombres? no señor, novelas cortas. Ese es el número de novelas que concurren al certamen de «Blanco y Negro», en busca de no sé cuantas pesetejas. Ya ven los pesimistas que si desciende nuestro nivel intelectual, asciendo, en cambio, á un buen pique el número de novelistas cortos. 268. ¡Casi, casi no hay tantos generales en España!

¡Cuántos infelices vá á hacer la popular revista! Como no ha de resultar agraciado más que un novelador, serán doscientos sesenta y siete los feos, deducción que espanta. ¡Bonitos van á ponerse los no agraciados! ¡Tanto papel empleado para hacer un mal papel! Es horrible.

«¿En España no se lee porque no se escribe ó no se escribe porque no se lee?» Paraiso, que acude, corre, vuela, traspasa el alta sierra, ocupa el llano, y maneja la espuela sin dar paz á la mano, escribiendo circulares, está por lo primero. Carulla se aferra á lo segundo. ¿Quién tiene razón? Tal vez ninguno y ello no nos importa. Lo que nos interesa conocer, es la opinión de los señores encargados de examinar esa montaña de papel garrapateado, que á diferencia de la montaña de Mahoma, vá hacia ellos.

Dirán los supradichos señores: «Pongamos «que para tomar fuerzas» nos fumemos un paquete de los de treinta céntimos (unidad tabacalera) durante la lectura de cada dos novelitas, y que se añada al paquete una tacita de café, pues resultan ciento treinta y cuatro paquitos ó igual número de cafeses. ¡Cómo nos pagarán los autores lo mucho que hemos de escupir y lo muchísimo que hemos de tragar?... Probablemente, asegurando que tenemos bonisimas tragaderas y que mientras ellos (ó él) se fuman el premicillo, nosotros escupimos.»

Cualquiera nos dice que ha pasado el siglo de oro de la literatura española, al menos, para el afortunado autor de la novela premiada: de oro será el siglo XIX ó XX, según se quiera, para él, y si no de oro precisamente, de plata legítima. ¡Menudas novelas habrá forjado el dichoso mortal con el pensamiento fijo en el triunfo de la suya! ¡Ni Don Carlos!

Se dan rachas. Primero la de los naufragios, después, la de las capitulaciones, un poco más tarde, la de los escándalos políticos, más tarde aún, la de cogidas de toreros, y ahora, la de novelistas. Duro y á la cabeza. A ver si conseguimos que este siglo no se llame el de las luces, sino el de las novelas.

Después de todo, lo más agradable es pensar en tales novelas y en que es pura novela lo de que envidian los maestros los felices tiempos en que cobraban dos veces cada ocho años, y pensemos en que es novelaría nuestro desprestigio, novelaría nuestra ruina, novelaría lo de que se extingue el espíritu liberal, y toma fuerzas el carlismo sin D. Carlos. Novelaría, novelaría...

¡268! ¡Novelas con tasa de renglones! ¡268!

¡Al higuí! ¡Al higuí!

Augusto Vivero

¡Lagarto... lagarto!...

Por una conversación sorprendida entre el Presidente de la Diputación y el administrador de «Las Provincias», se nos asegura que entre ambos existe un pacto pendiente para que se pague al periódico del sindicato el importe de las listas electorales.

Dicho pacto se llevará á vias de hecho mediante unas cartas de pago que el señor Chápuli entregará á la sociedad sindicalitaria.

Esto se llama «arrimar el ascua á su sardina»; pues sabido es que D. Federico pertenece á la fracción ciervista.

Los dueños de las imprentas de esta capital, que también hicieron listas electorales, y muchos años antes que «Las Provincias», y que aun no las tienen cobradas, protestan enérgicamente de la conducta del Sr. Chápuli, por considerarla apasionada en favor de una empresa rica y poderosa, perjudicando con su pasión los derechos de infinidad de industriales que viven única y exclusivamente del fruto de su trabajo.

Nosotros, por nuestra parte, recordamos al Sr. Presidente de la Diputación el aflictivo estado en que se hallan los asilados de los establecimientos benéficos, para que consulte su conciencia y es-

tudie la mejor manera de invertir el dinero que se recauda.

Justo es que cobren los que han trabajado á la Diputación, pero todos por igual, sin preferencias irritantes; y esto sin olvidar á los infortunados seres que, envueltos en la miseria, lloran la mala administración provincial.

Ahora, D. Federico, puede hacer lo que más le plazca. Su conciencia sea quien informe sus actos.... ¡Porque si tiene conciencia, no es posible que cumpla el pacto pendiente con «Las Provincias»! Y si lo cumple, la opinión, en justo desquite, al nombrarle dirá como hasta aquí: ¡lagarto, lagarto!

INDIFERENTISMO

Da pena—dice Pérez Galdós en las primeras páginas de su episodio titulado «Bodas reales», al juzgar los hombres y las cosas de los tiempos de Isabel II,—da pena leer las reseñas históricas del sin fin de revoluciones, motines, alzamientos que componen los fastos españoles del presente siglo; ellas son como un tejido de vanidades ordinarias que carecerían de todo interés, si en ciertos instantes no surgiese la situación patética, ó sea el relato de las crueldades, martirios y represalias con que vencedores y vencidos se baten en el páramo de los hechos, después da haber jugado tontamente como chicos en el jardín de las ideas.

Tan severo juicio no es, sin embargo, obstáculo para que nosotros, que no somos reaccionarios ni Dios quiera que lo seamos, sintamos por aquellos tiempos cierta inclinación de respetuoso afecto comparándolos con los presentes, en mérito á que entonces, si bien las luchas y rivalidades de los partidos producían tristes represalias, había en cambio té en los ideales, y se luchaba con mejor ó peor acierto por el bien público sin que el miedo personal fuera el fin último y esencial de nuestros actos.

No somos retrógrados, pero si retrógrado se llama á quien admira el espíritu batallador de nuestros padres, y sienta la nostalgia de sus luchas en el periódico, en el club y en los comicios por las ideas políticas, retrógrados seremos con tal de ver interviniendo á todos los ciudadanos en la cosa pública, procurando el bien común y actuando en la administración y gobierno del Estado, para que las funciones públicas no sean monopolio de un partido ni reparto de compadres.

Lo que no somos ni queremos ser, es partidarios de este estado social, anémico, egoísta, utilitario, sin fe en las ideas, sin estímulo para el bien, sin espíritu, sin alma para grandes ni pequeñas obras.

Ese abatimiento, esa postración moral de nuestro pueblo, es lo que debe producir pena, y pena grande en todo espíritu observador.

Aquellas luchas de otros tiempos revelaban vida, fe, ideas y creencias en el alma nacional. La indiferencia actual de nuestras clases sociales revelan ó un egoísmo suicida ó una anemia cerebral de último grado. Examinemos hechos recientes y veréis como ni las tristezas de la derrota, ni el aumento de las necesidades, ni el temor de los trastornos agita y conmueve el espíritu público.

Perdimos las colonias, y el pueblo asistió impasible á la derrota y á la afrenta. Trataron de mover la opinión las Cámaras, y el pueblo, que al principio pareció despertar de su letargo, volvió á echarse en el sureo, paralizando el movimiento de protesta; intentan un puñado de insensatos promover otra guerra civil, y el pueblo español, que parecía estar educado en las ideas de libertad y progreso, á tanta costa conquistadas, ni se conmueve, ni protesta, sin que el peligro del desorden, ni el temor de una intervención, ni el riesgo posible de un daño nacional, agite un solo músculo su cuerpo.

Da indiferencia irracional se ha calificado con razón semejante estado de cosas, sin que el calificativo indigno. ¿Se

